

ADICCIÓN

ISAÍ MORENO

Adicción

Isaí Moreno

Novela

Se pueden reproducir y usar fragmentos de la obra citando su autoría. Reproducción total o lucro externo a las plataformas electrónicas de distribución de este libro serán objeto de demanda.

Primera edición: 2004

© Isaí Moreno, 2015

Fotografía de portada ©Erik Isakson / Tetra Images / Corbis

Primera edición electrónica: Junio 2015

ISBN: 978-607-00-9101-8

Web del autor: <http://isaimoreno.com>

Twitter del autor: @isaimoreno

Esta novela se escribió con el apoyo de una beca del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, del programa Jóvenes Creadores, recibida en el año 2002.

Hecho en México

Para Jaime Mesa y Adriana Jiménez

Para Evelyn, mi esposa

Los hombres se desconocen en el bien y se aman en el mal.

El mal es el amor.

GEORGES BATAILLE

LIBRO PRIMERO

EL SECRETO DE CELESTE

NO HACE MUCHO, apenas dos noches, en la casa en que prestaba mis servicios hubo una fiesta inusual y desconcertante. En ella, los invitados experimentaron una embriaguez que no comprendieron: hombres y mujeres que, entrelazados, además de escuchar las notas de la música que levitaba en el espacio, sintieron en su oído un susurro que los condujo a la suave gravedad del delirio. Por momentos parecían perdidos, por momentos hipnotizados. Aquello se asemejó a la ceremonia o el ritual en el que se evocara un misterio singular. No era, sin embargo, una de esas celebraciones ostentosas en que los asistentes llevan un disfraz o ropa extravagante, o se desnudan y pierden en la confusión de la carne. Los convidados ignoraron por qué estaban tan sorprendidos. Bebían una y otra vez con un ansia secreta, la champaña servida en las copas. ¿Qué eran ellos?: seres minúsculos en la marea de la música que hizo a unos tomarse de las manos para no caerse, y a otros estirar los brazos como alguien que busca comprobar la realidad de lo que mira.

Algunos presintieron que se trataba de un mensaje en clave, transmitido por parte de quien organizó la fiesta. Jamás en sus vidas lo habían experimentado, respiraron el aroma volátil de las copas y luego el de sus alientos. Antes de darse cuenta, como poseídos por las notas etéreas, algunos salieron del salón e invocaron, como si de un ser angelical se tratase, a Celeste, la anterior anfitriona de la casa. Me buscaban también a mí al perderse entre las fragancias del jardín. Cedieron a esa sensación en la penumbra, ciertamente se olvidaron, extendieron las palmas de las manos al tiempo que reían al sentir el contacto con las enredaderas que les produjo un cosquilleo, un deseo de aflojarse las prendas y saltar, gritar. Cuando regresé al salón, la gente que estaba ahí ya no se percató de mi presencia, se había adentrado en sí misma como un conjunto de sonámbulos hundidos en el goce de la inconsciencia, y no advirtió que yo la observaba. Se encontraron y se perdieron... De tal fiesta se hablará por mucho tiempo y volveré en su momento a referirme a ella.

Esa noche resultó esencial para mí, porque fue cuando, furtivamente, salí de la casa y cometí lo que con toda propiedad podría llamarse un robo. Y mientras ahora lo pienso, sé que se me busca por la ciudad entera y los alrededores con la firme intención de eliminarme. Sería una justicia a la manera del anfitrión de la casa: Amador, porque al marcharme violé la única prohibición tajante que me hiciese, aun cuando no hubiesen existido palabras para ello. Pero eso ya no interesa en este momento. Nada importa, sino sólo la sencillez y la levedad de las cosas simples y transparentes: hay en ellas una presencia innegable que llena de belleza lo demás. Sin duda, luego de pasada la incredulidad por mi acción y después de que se *comprendan* mis motivos, otro habrá de sustituirme y tarde o temprano se organizará ahí una nueva fiesta, tal vez para recordarme. Desde su asiento, mi sucesor comprobará que las notas de los instrumentos de música se funden con el bullicio y las voces. Los camareros, con sus mejores atuendos, irán atentos y solícitos de un sitio a otro sirviendo platillos. Ofrecerán vino con una sonrisa misteriosa que iluminará sus rostros y un soplo que irá de rincón en rincón renovando las presencias, dando más sustento a lo que por sí mismo ya se sostiene en esa casa, eso que si intentara definirse, no se conseguiría de ningún modo, porque podría llamarse maldad pero también bondad.

Ni el mismo Amador, el esposo de Celeste, debe conocer como yo su casa. Para ello se requeriría más que haberla construido. Aunque de oído, me familiaricé con la historia de los patios que en un principio fueron solares desiertos, sé que el sitio donde antaño hubo metales oxidados se convirtió en el lugar del jardín y la piscina. Amador no ha respirado ese aroma húmedo y dulce que hay en la oscuridad de los sótanos, ni explorado los rincones ni las esquinas de las habitaciones o la sombra de las cornisas, ni sabe de inhalar por completo el espíritu de un lugar, de descalzarse sobre el césped nocturno presa de la embriaguez. Aquella casa es una ilusión que persiste...

—Quiero este lugar para vivir, cielo —fueron las primeras palabras de su esposa al ver ese sitio, algo que, se dice, sorprendió a Amador.

Maravillada, Celeste eligió la ubicación y solicitó que se empezara a construir y remodelar sobre paredes ya existentes, derrumbando unas y levantando otras, tal

como ella lo deseaba, poniendo columnas aquí o allá, un techo sobre otro, una terraza... imprimiendo un aliento de vida al óxido y al metal. Así fue surgiendo el espíritu de ese lugar, entre arquitectos que señalaban hacia todas direcciones y hombres diligentes con herramientas, obedeciendo las órdenes. Se levantaron muchas habitaciones proyectadas hacia el futuro, más de las necesarias: espacios que dieron a la casa la impresión de que iban a alojarse en ella más que habitantes o invitados. Fue como un anuncio de lo que ahí se albergaría. En los cuartos se colocaron mobiliarios diversos según fuera la intención inquieta de Celeste, quien además hizo construir un enorme salón para reuniones y fiestas: con el piso reluciente de mármol y grandes lámparas colgantes de cristal. La más grande característica de esa casa es que todas las cosas resplandecen en ella, hay vidrios y espejos, jarrones de porcelana y metal reluciente, los pisos pulidos a la perfección brillan también resaltando la presencia de los objetos seleccionados por Celeste: esculturas de ángeles, acuarelas, cristalería. A petición de ella, Amador ordenó construir el gran jardín que se observa desde las ventanas.

La joven esposa Celeste deseaba demasiadas ventanas por las que entrara el sol de la mañana y del atardecer, para que los espacios brillasen más y desde ahí pudiera contemplar el jardín y la fuente. Nunca dijo por qué lo quería así, pero Amador complació cada uno de sus deseos.

Ella se sentaba en su fuente por las noches. Y en ocasiones ocurría ahí algo incomprensible: al mirar hacia el cielo estrellado su rostro adquiría una expresión de cierta tristeza, casi tierna, como la de una niña a la que un deseo muy íntimo jamás pudiera serle satisfecho. Eso era ella: una niña con un anhelo inalcanzado. En ese momento daba la impresión de que no le pertenecía a nadie de nosotros, ni siquiera al mismo Amador. A veces caminaba sonriente pero ensimismada, en el espacio cerrado que creaba su jardín: una burbuja que contenía frescor y verdor de plantas, el aroma de un pino joven, hidras, además de claveles, orquídeas, violetas y rosas. Rozaba los capullos con la punta de sus dedos y permanecía en silencio, estableciendo un puente entre sus ideas y la fragancia del jardín. Amador se asomaba por alguna ventana para contemplar a su esposa. Las facciones de él, serias, se contraían antes de expulsar el

humo de su cigarrillo: respetaba esas introspecciones en las que ella era una persona ajena.

La presencia de Celeste, por otra parte, se manifestaba en su figura frágil e intranquila que iba de habitación en habitación de la casa rectificando el estado de cada objeto, con un interés obsesivo por mantener el orden, y vigilando la limpieza: bastaba que hubiese una mota de polvo en alguna parte para que se empeñara en recorrer, seguida de sus asistentes, todos los rincones y los pasillos de mármol o de madera, con trapeadores y aspiradoras. Al terminar solía transmitirnos su satisfacción. Ella misma cuidaba con celo el jardín, sin permitir que nadie se atreviera a tocar sus plantas florecientes, regarlas o encender los aspersores. También revisaba con detalle la vestimenta de Amador y de su hija, para que no hubiese arrugas en el cuello, botones a punto de desprenderse o una manga manchada con una gota de sangre, por ejemplo. Su hija, Mariella, era pequeña aún: una jovencita frágil y enfermiza, de rostro pálido, a quien Celeste atendía con especial cuidado asistida por Myriam, joven enfermera de carácter amistoso y tez morena, cuya sonrisa maliciosa se contagiaba instantáneamente. Ella también amaba a Mariella.

—¡Oye!, ¿y tú, quién eres? —fueron las primeras palabras que aquella niña me dirigió, se trató de una pregunta como la que hace alguien que se pone en alerta al ver que su propiedad está siendo invadida.

—Me llamo Ángel —le respondí. El tono de mi voz hizo que Mariella me tuviera confianza de inmediato.

—Ah, entonces ven, vamos a jugar —dijo, y me jaló vigorosamente de la ropa con un gesto de invitación a correr tras ella. Creí que al sujetarme de ese modo se haría daño, tan frágil me pareció que me sentí conmovido, después supe que su caso se trataba de una enfermedad.

Celeste nos vigilaba con diligencia al cocinero y a mí. Él, cuyo nombre *profesional* era Jean, debido a su aprendizaje en la alta cocina de Francia, preparaba con diligencia los platillos que Amador apetecía, o los que Celeste le indicaba, tomados de manuales de arte culinario. Tal era el esmero de ella para que su esposo se sintiese satisfecho. En mi caso se me requería para que sirviera la comida a la

perfección, colocaba cubiertos para ellos dos y Mariella, además de otros para Myriam y alguno de los invitados.

—¡Vengan!, ahora siéntense ustedes también —nos persuadía Celeste con su voz delicada y acariciante, la misma que empleaba al arrullar a su hija cuando se ponía enferma.

El cocinero obedecía de inmediato, ese hombre hablaba tan poco que la gente creía que era mudo. Amador, con su faz severa y persuasiva, acentuada por los cabellos entrecanos de sus sienes, me llamaba mientras cortaba un trozo de carne o bebía de una copa de vino:

—Siéntate, hijo.

—Sí, Ángel, que la comida se enfría —insistía Celeste.

Aunque no la había tratado mucho tiempo presentí que entre Celeste y yo existía un vínculo invisible, delgado como los hilos del destino pero fuerte como las olas de un mar ignoto que se renueva a sí mismo entre la espuma. Ese vínculo tampoco tiene nombre ni se comprende, pero es el que hace subsistir al mundo entre las tinieblas y origina las cosas pequeñas y las grandes. Es una música cuyas notas han sido ejecutadas desde antes de nuestro nacimiento, que atrae sin remedio a quienes la escuchan y los hace volver la mirada, encontrarse. Quienes escuchan esas notas al mismo tiempo, se reconocen entre sí. Y lo más extraño de todo es que no se dan cuenta. Nadie se da cuenta.